



Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Sistema de Información Científica

Flory Stella Bonilla Gamboa

Creación de Flory Stella Bonilla Gamboa: aprendizajes del camino o pequeños maestros

Educación, vol. 27, núm. 2, 2003, pp. 239-252,

Universidad de Costa Rica

Costa Rica

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=44027219>



Educación,

ISSN (Versión impresa): 0379-7082

revedu@gmail.com

Universidad de Costa Rica

Costa Rica

¿Cómo citar?

Fascículo completo

Más información del artículo

Página de la revista

www.redalyc.org

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



**Creación de
Flory Stella Bonilla Gamboa**



APRENDIZAJES DEL CAMINO O PEQUEÑOS MAESTROS

Flory Stella Bonilla Gamboa

Recibido 1-II-2003 • Aceptado 1-III-2003



Dedicatoria:

Para quienes estuvieron conmigo cuando más los necesité. Gracias por su amor, alegría, ayuda y compañía.

I. Introducción

El Universo a veces parece mágico, encantado y maravilloso, donde fuerzas ocultas no pueden ser probadas científicamente. Es necesario, sin embargo, incorporar dichas experiencias, a menudo llamadas supersticiosas, para tener una visión más completa del mundo, y para que pueda el mismo resultarnos también más seguro. Porque el desencanto que vivimos en estos tiempos se sabe que es intrínseco a la concepción científica del mundo: modernidad, control político, delincuencia, racismo, explotación de la naturaleza, denigración de lo femenino y de la espiritualidad, etc., además de que esta concepción es incapaz de explicarnos lo que no es físico, como sentimientos, valores, decisiones y el sufrimiento. Por el contrario, una visión integral, que incorpora la experiencia humana de la espiritualidad sin calificarla de primitiva o supersticiosa, ofrece la posibilidad de creer en los milagros, en el poder

del amor, en las potencialidades de aprender y crecer.

La mera objetividad humana nos puede llevar al desaliento y al pesimismo y hacernos olvidar el optimismo que comporta la vocación cristiana, cuyos fundamentos son otros. Este optimismo cristiano no se basa en la ausencia de dificultades, de resistencia y errores personales sino en el sumando principal que es el poder de Jesús.

Por supuesto que no existen caminos establecidos: Aunque las concepciones del mundo son construcciones, todas pueden reconstruirse! Podemos descubrir nuevos senderos, trazar rutas diferentes, elegir mapas viejos para recorrer los territorios originales. Para lograrlo siempre se necesitarán guías que puedan adentrarse en lo desconocido, modelos que nos permitan perseguir una aventura, baquianos que nos saquen de la tupida montaña, faros que nos dirijan al puerto sin naufragios, buscadores que

nos lleven a la tierra prometida. Estos guías son pequeños maestros, a veces grandes modelos porque alimentan nuestras mentes y vidas. No solo nos permiten reflexionar sobre lo que el mundo nos ofrece, imaginar nuevas opciones, y nos enseñan oficios y materias que nos ayudan a transformarnos, sino que nos comunican valores y actitudes que transmiten el arte de vivir. Este arte optimista a menudo es consecuencia de la fe en las circunstancias y en creer que Dios está siempre a la izquierda de nuestras negociaciones, lo cual resulta en una cifra inconmensurable. Esta visión se afianza en la oración y en la seguridad del poder de la gracia: sabe que la obra buena nunca será destruida y que el sacrificio de los buenos nunca será estéril! Aunque nosotros no pudiésemos nada, Jesús, su ciencia y su poder nos protegen. El tiene otra lógica y vuelve a realizar milagros cada vez que ponemos a su disposición lo que podamos, aunque sea poco. Y es que, como peregrinos en la tierra, a veces cruzamos huertos florecidos mientras que otras debemos detenernos ante el caudal bullicioso de un gran río, pero no es la experiencia de avanzar o detenerse precisamente la que cuenta en ese transitar, sino la actitud que mostramos para aprender de ella.

La vida es un camino por el que vamos vivenciando pequeñas y grandes aventuras que nos van preparando y puliendo para los niveles superiores en los que debemos batallar. En ocasiones enfrentamos enormes sufrimientos y, sin embargo, no sacamos apropiado provecho de la situación. Puede ser, por el contrario, la más insignificante experiencia la que llene nuestro corazón de amor y regocijo, y estos sí son sentimientos que agradan al Creador. Quien sabe amar a su prójimo no le hará daño; quien se alegra con la naturaleza, la respetará siempre y en todas sus acciones humanas mostrará reverencia por ella. En ese transformarse y transmutarse, es imprescindible incorpo-

rar conocimientos que nos permitan modificar nuestra conducta para ser cada día mejores.

Es verdad que tenemos libertad de pensamiento y de acción, que algunos pueden desesperarse ante las contrariedades de la vida mientras que otros sacan provecho de esas dificultades; algunos maldecirán pero otros aprovecharán la ocasión para crecer y admirar su entorno. Pero no podemos negar que las actitudes de placer, asombro, de respeto y apertura, permiten aprender más de la vida que aquellas rígidas e irreverentes. Las actitudes positivas vuelven el tránsito más humano y agradable, pero las negativas solo acarrearán malos ratos y tornan el camino pesado y solitario.

No son necesariamente los grandes textos ni las teorías más elegantes las que nos llevan a ser más sensibles y permeables con la belleza y grandeza del vivir. Son los actos sencillos, las vivencias inesperadas, los más dispensables objetos y las etapas más insignificantes de nuestro acontecer las que nos permiten reflexionar y avanzar hacia la armonía, el regocijo y la paz.

Cuando nos sentimos pequeños es que nos damos tiempo para cavilar y meditar. Es en este estado de contemplación, de respeto y amor que somos capaces de aprender de todo lo que nos brinda el camino. Si reconocemos cada aprendizaje y valoramos cada nuevo conocimiento, esta claridad de conciencia nos permitirá ver más de cerca el verdadero significado de nuestras vidas: aprender a amarnos y a amar a nuestro prójimo. Entonces se convertirán en nuestros maestros los actos que sean capaces de tocar nuestra mirada o nuestro corazón, todo lo que penetre al fondo de nuestra alma como delicado perfume de vida. Estaremos listos para aprender de todo lo que esté vivo o inerte, lo triste, lo asombroso, lo noble o lo injusto, lo bueno, lo tierno y lo débil, en fin, cuando estemos dispuestos a aprender serán nuestros maestros todo aquello que es vida y

creación, que es amor y que ayuda a otros a amar y a crecer.

Las pequeñas anécdotas, historietas o cuadros que aquí presento intentan hacernos detener el paso, mirar más allá de las colinas y más acá de las fronteras para reflexionar, para ilusionarse, hasta para llorar. Podremos todos, entonces, admirar un eclipse, intuir un misterio, serenar nuestra euforia y aún triunfar sobre el dolor. Detrás de cada cuadro estará un maestro que quiere enseñar algo. Detrás de cada historia, el camino ofrecerá aprendizajes pequeños, coloridos, perfumados. Todos pueden ser reconocidos. Solo se necesitan otros ojos para mirarlos, otras risas para festejarlos y saber que cada ser es único, que el camino llama para que cada uno cumpla su misión en la tierra y que los aprendizajes del camino ayudan siempre a recordar esa misión.

II. Pequeñas anécdotas, historietas o cuadros

1. La orquídea

Podemos aprender que se prepara en silencio largamente, durante un año, para florecer una mañana de febrero o marzo. Entonces abrirá sus pétalos hermosos y dejará esparcirse su aroma exótico por la selva para que la admiren libremente los que quieran. Ella prodiga su belleza sin egoísmo y contribuye al misterio de la armonía del bosque florecido. Pájaros, mariposas y libélulas vendrán a revolotear en su entorno, seducidos ante tanta maravilla, pero esta flor regala su belleza en silencio, humildemente, y aunque nadie la mirase, cuando debe entregar su florecencia la presenta esplendorosa y a tiempo. Debemos aprender de la orquídea que vive para otorgar su gracia a los demás y para cumplir con el don de la belleza que la Creación le entregó a ella solamente. La rosa será rosa y la violeta no será jazmín. Solo la orquídea alimentará al viento con

el perfume de sus pétalos de seda sin esperar más que la oportunidad de florecer nuevamente el siguiente año.

2. El sapito veranero

El ser humano siempre quiso resolver enigmas: de la inmortalidad, de la divinidad, del amor. Hoy en día aún busca comprender, pero a veces cree que debería velar permanentemente para descubrir esos secretos que no entiende. Debe aprender que la travesía que necesita realizar no es al exterior sino al interior, por ser una aventura de transformación: debemos luchar, nacer, crecer, buscar, sufrir, perdonar. Todas estas son manifestaciones milagrosas porque la creación nos volvió privilegiadas, buscadoras de milagros, y el diálogo interno nos lleva a descubrir los secretos interiores. Igual que el sapito veranero, que canta junto al último reducto de barro que encontró en el parque creyendo que había regresado el invierno y que ya podría salvarse y reiniciar la cadena de la vida conquistando alguna hembra con su monótono canto; éste nunca lo llevará a comprender su equivocación, pero sí nos enseña que posiblemente sea lo último que haga antes de morir de sed.

3. El río

El nos enseña a entregar amor por donde pasa. Su voz es murmullo acariciante y baña las piedras y los montes con su fresca cadencia cristalina. El río nunca está quieto, se mueve, se desliza, empuja y hasta arrastra canoas con niños juguetones y madres preocupadas. Él canta para el alma enamorada y llora para el naufragio olvidado. El río trae recuerdos del ausente y se lleva pañuelos y adioses impacientes; también calma la sed de pájaros y extraños y susurran palabras de amor a los amantes. El río se entrega todo, completo, se da en sus sonidos, su frescura, su bella silueta entre los montes, su salpicar de gotas transparentes y su eterno viajar

uniendo pueblos, tiempo y sueños. El río nos enseña a amar sin ataduras y con la única recompensa de ser felices al hacerlo.

4. El charco en invierno

Aún destinado a un lugar oscuro, el charco creo que es posible en esta tierra, elevarse y soñar con las alturas. Solitario y frío en medio de un temporal, puede reflejar las estrellas, las nubes y la luna. Cuando en sus aguas quietas se dibuja la belleza, él también se vuelve bello, y cada vez que una frágil golondrina baja y revolotea a su alrededor para tomar una gota de agua que calme su sed, el charco vibra de amor y devuelve a los que quieran verlo, la hermosa imagen de una golondrina que lo besa. Nos enseñan los charcos del invierno que la quietud atrae la vida y que el oscuro e insondable misterio del silencio puede ser útil, puede decirnos al alma muchas cosas porque deja volar la imaginación sin censura ni crítica, y nos eleva al ensueño, a viajar, y a esperar...

5. El perro de la calle

Su alegre actitud debe enseñarnos a disfrutar la vida como venga. Él puede dormir en una caja de cartón, en un lote olvidado o en el hueco de una árbol, pero al salir los primeros rayos de sol, se estira y salta de su escondite feliz, sin memoria del ayer cuando no tuvo techo ni pan. Mueve constantemente su rabito saludando a la vida y de nuevo empieza con humilde actitud, su lucha para sobrevivir. Aguza siempre el mayor de sus talentos que es el olfato y acepta pequeñas muestras de misericordia sin claudicar a su libertad. Cualquiera puede ofrecerle un alimento pero si no quiere jamás lo comerá. Se le puede encerrar y, cabizbajo, llorará con gemidos de niño triste y cuando pueda, dejará su prisión cambiando seguridad por libertad. También sabe amar cuando alguien lo protege y entonces, ya no será más un callejero. Nos enseña el perrito

de la calle que debemos vivir con humildad, y alegría a ser agradecidos con la vida y a luchar sin aferrarnos a memorias de soledad o de abandono.

6. Los nardos perdidos

El nardo es una antigua flor que irradia el más puro y exótico perfume de los campos. Se siente como la misma esencia de la tierra, purificada por meses de silencio en sus recónditas profundidades. Sus brotes surgen en los meses de mayo y junio llenando las orillas de los jardines en las casas añosas, con rojos, blanco y toda la gama de posibilidades entre estos dos colores. Yo creí haber perdido las raíces de un nardo que me dio mi madre, pero una mañana regresó de la tierra humedecida. Me enseñó que la buena semilla siempre germina, que los bulbos florecen, que las madres no mueren, que el perfume perdura, y que guardar esperanza nos hace algún día reír y admirar la belleza, aunque sea entre lágrimas.

7. El yigüirro

Aprendemos del yigüirro a cantar aún con gran melancolía. Este pájaro es modesto en colorido. Tampoco impone su presencia, más bien parece deslizarse por parajes tranquilos, silenciosos y ocultos del follaje, pero surge esbelto en la enramada cuando llegan las lluvias para desgranar sus dulces melodías. Lo he visto cantar entre las ramas buscando un lugar donde hacer nido, mientras su compañera hace lo mismo en otro arbusto. Luego que encuentran, se llaman y juntos, construyen su fugaz morada. Crían sus polluelos con gran dedicación y cuando se acerca el aguacero, les enseñan sus trinos. Del yigüirro aprendemos humildad, modestia, amor y responsabilidad. También que debemos saber construir nuestro nidito, alegrar el ambiente, anunciar buenas nuevas y cantar tanto en las penas como en las alegrías.

8. El barco anclado

Cuando vamos a la playa encontramos a menudo antiguos barcos encallados en la arena. Nos hacen reflexionar con nostalgia sobre los viajes inconclusos, los fines nunca alcanzados, los sueños que no se realizaron. Aprendemos de esa imagen, algo triste y algo romántico, que no todo lo queremos en la vida se puede lograr porque también es necesario considerar el azar. Planes y acciones bien desarrollados pueden ser cambiados repentinamente por fuerzas misteriosas de la casualidad y de lo inesperado. Aprendemos que, entonces, pueden quedar los recuerdos anclados en el tiempo para mostrarnos lo que fue y para que demos gracias por todo lo que hoy es. Los barcos encallados son como objetivos no logrados, son fines no desarrollados que, sin embargo, pueden enseñarnos el significado de tantos actos inconclusos. Con ese develamiento, iluminarán de amor historias no conocidas o tal vez, cambiarán esas historias.

9. La visita de una amiga

La amistad es el tesoro mayor que alguien puede construir, y cuando mi amiga visita mi casa, parece llenarla de luz. Ella trae información del mundo de afuera que me transmite con mucha alegría, me hacer reír y me cuenta pequeños detalles que solo el cariño le dice que son de interés. Cuando conversamos con una amistad, se llena la sala de afectuoso intercambio de ideas y entre ellas palpita también el respeto y la fe. A veces mi amiga interrumpe y a veces termino yo la palabra que ella va a decir. Reímos y gesticulamos y cuando el silencio es lo que surge, se escucha con calma y sin incomodidad. De estas visitas aprendo que un amigo da aliento, afecto y consuelo, que puede entendernos, decir la verdad y que siempre, no importa en qué condiciones, hace realidad el mandato divino de amar al hermano.

10. Un libro sobre el escritorio

Es aceptado que los libros guardan el conocimiento universal, por lo que se consideran los principales objetos de aprendizaje, aunque no ciertamente los únicos. Por eso, ir a una librería sugiere el deseo de poder comprar algo del acervo cultural ahí atesorado, y asistir a una biblioteca explica nuestra necesidad de hallar algún saber específico que pensamos se encuentra en esa biblioteca. Cuando notamos un libro cerrado sobre un escritorio puede motivarnos aún más para tratar de capturar los conocimientos que intuimos se encuentran ahí escondidos. Y es que el secreto implícito incita nuestro esfuerzo por encontrar el misterio no revelado, el deseo de derribar barreras desconocidas de sabiduría, de agujonear la búsqueda que en la oscuridad producen los eclipses... Todo saber del pasado, de lo nuevo, de lo bello, hasta de lo malévolo y aún de lo íntimamente personal, genera euforia triunfadora, alegría insostenible y curiosidad sin límites. Tantos sentimientos producidos por tan pequeño objeto como un libro cerrado sobre el escritorio, se torna un maestro pequeño que, sin embargo, puede convertirse en el más formidable modelo de perfección.

11. El vaso de agua

El agua llovida luce su misterio al reposar en un vaso de cristal. Lleva en su esencia la vida y es, sin embargo, tan frágil, que un simple rayo de sol la puede desaparecer. Ella es transparente, incolora, y puede escaparse entre los dedos de la mano para en momentos dejar de existir. Pero cuando se juntan miles de gotitas de agua forman los ríos, torrentes y el mar. Yo aprendí del vaso de agua que no es imposible aprehender la vida pero que es más sabio asombrarse de su misterio y vulnerabilidad. Porque un trago de este líquido inodoro puede salvar a un enfermo, hacer reír a un niño, calmarle a una

madre su sed. Puede engrosar un bulbo de dalia para que brote una bella flor, apagar un incendio o formar un pozo que refleje la luna al amanecer. El vaso de agua es un maestro sencillo que sabe apagar nuestra sed a la vez que nos enseña cuán fugaz la vida es!

12. La luna de octubre

Se dice que la luna llena de octubre es la mejor de todas. Tal vez porque la rodean mil nubes cargadas de aguaceros y tormentas que solo dejan intuir su quietud y blanca luz. Ciertamente que mi luna de octubre será bella y enorme porque siempre me enseñará que el amor de la madre viaja en el recuerdo de su voz cuando cantaba a la luna; que el amor de la madre nunca muere, y que los hijos lo llevamos como un astro plateado que ilumina la vida, que nos da brillo y paz. Y es que en el camino de la vida vamos descubriendo miles de vivencias pequeñas, de recuerdos, que van dándole una forma específica al tipo de vida que nos tocó diseñar. Se forma un sueño, se le da cierta estructura y empezamos a vivir tratando de lograr, con esos materiales, con esas experiencias, el sueño que estamos todavía dibujando. Casi podemos afirmar que formamos los sueños sobre la marcha, vivimos tratando de entender esos planes todavía planificándose, y que empezamos a recordar nuestras reminiscencias cuando todavía –a veces– son presente. El camino puede tornarse largo o corto, pero estará lleno de pequeños maestros que nos sobreviven con sus enseñanzas. Porque finalmente todo recuerdo es un compendio personal de vivencias pasadas y cada luna llena de octubre será “mi luna llena”, con el tono que yo la recuerdo, la brisa y el sonido que yo puedo agregarle. Cada uno de nosotros atesoramos nuestras propias luminarias celestiales y ellas para nosotros, seguirán siendo siempre las mejores.

13. La manzana madura

Su olor delicioso y su rica presencia son siempre una tentación. Brilla su piel lisa y enrojecida atrayendo mosquitos y abejas, avispas y también pajarillos hambrientos, pero la manzana sigue impasible al tiempo y las habladurías que la llaman culpable y hasta pecadora. Ella lleva serenamente el ritmo de las estaciones: primero florece, luego engorda el pistilo y surge la fruta que después madura en un proceso que repite cada año. Siempre se muestra paciente y lejana, a veces arrogante y hasta tentadora. Pero es una fruta sabrosa y muy sana. De la manzana se aprende que hay que saber mantener el lugar de cada uno, seguros siempre del don recibido. Cuando yo la miro parece decirme que no hay que correr sin sentido pues todo proceso se cumple a su tiempo, y llega el momento de estar florecida o de ser rica fruta que puede comerse. Que nuestro destino es inexorable! se crece, madura, se sufre, se goza, y luego se muere. La manzana enseña a mirar la vida con ojos realistas y a reírse de ello.

14. La antigua casona

Las casas viejas ocultan secretos, amores, historias sagradas, y a veces dolor. Sus anchas paredes no solo sostienen los techos sino que un mundo vivido que ya se esfumó. La vieja casona enseña a reverenciar el pasado y parece guardar carcajadas y gritos alegres de niños que juegan, a veces que lloran, suspiran y sueñan. Nos dice que es bueno guardar los recuerdos queridos y que también debemos saber olvidar, dejar ir, perdonar... y seguir! Las casas antiguas contienen misterios que a veces no es bueno llegar a saber. Por eso de ellas hay que aprender a ser comedidos, a creer en hechizos, a callar y hasta a sospechar. Las casas nuevas también tienen su historia, pero es comprensible que sea una más corta y tal

vez, no entrañable. Siempre los caminos atesoran detalles, anécdotas y otras muchas vivencias que son grandes aprendizajes de vida, a los cuales se debe atender con reverencia para olvidar una vez que la razón así lo recomienda. No a todo aprendizaje hay que aferrarse. A menudo es más sabio olvidar y dejar ir...

15. La vela encendida

En la oscura penumbra de la habitación, una candela encendida tiene muchas enseñanzas que ofrecer. Solo es necesario observarla para notar su paciencia mientras ilumina a su alrededor. La vela pestañea suavemente y juega con las sombras que proyectan los objetos, a la vez que atrae polillas y zancudos y otros diferentes insectos. Algunos vuelan enceguecidos hacia ella y quemán sus alas, mientras que otros la rodean lentamente y así encuentran el camino que ella les alumbró en silencio. Las velas no hacen ruido pero pueden guiarnos en las tinieblas, embellecer la penumbra y alegrar el alma. Si no sabemos usarlas pueden hacernos daño destruyendo nuestras posesiones y hasta la vida. Cuando apagamos una candela queda la oscuridad y al encenderla se hace la luz: así son de pequeñas y poderosas a la vez!

16. El viejito triste

La tristeza se lleva en el alma como una carga tan pesada que tiende a escaparse por los ojos. Nada más doloroso que cuando descubrimos que esa mirada triste proviene de los ojos agobiados de un anciano. Largos años vividos, trabajados, contribuyendo al bienestar de un pueblo, o simplemente luchando por sobrevivir, deberían asegurar la paz y satisfacción de los ancianos. Pero la realidad nos enseña que muchas veces sucede lo contrario y son los adultos mayores quienes arrastran angustiosas historias de abandono y maltrato, de olvido y dolor. Es necesario

erradicar el sufrimiento que entristece las vidas de nuestros viejos y enseñar las futuras generaciones a respetar y amar al anciano para que cuando pase el tiempo, todos podamos admirar viejitos alegres en los parques, en las comunidades y en nuestros hogares.

17. El bosque tropical

Los aullidos de los monos parecen despertar al bosque, que inicia entonces el más estridente concierto de chicharras, el planear perezoso de los zopilotes y el dulce trinar de otros pajarillos. Entonces comen frutas las ardillas, los colibríes luchan por su territorio y los tucanes cantan desde las ramas más altas de los árboles, mientras las mariposas revolotean en el dintel del bosque. Los rayos del sol iluminan los mil tonos de verde y las semillas viajeras de los flamboyanes y robles, junto al revoloteo de las libélulas producen una sensación de espejismo, tembloroso y fascinante. Esta es la belleza y vitalidad que enseña el bosque tropical. Cada mañana convoca a celebrar la fiesta de la creación de modo ingenuo y primitivo: cantando, revoloteando, brillando. Cada ser vivo despliega su don y con esa gracia, contagia a los demás para celebrar esa armonía de la vida, la armonía no de ser todos iguales, sino de permitir a cada uno su diferencia para que esos vibrantes opuestos contribuyan a mostrar la belleza y la paz de la diversidad. De este modo aprenderemos a enfrentar el destino con responsabilidad, olvidando el pasado porque cada día será nuevo, porque se debe iniciar como si fuera el primero, sin rencor ni recuerdos dolorosos, sino con sencillez y alegría, permitiendo que el alborozo de los demás nos contagia de gratitud y admiración. Así alabaremos la belleza que nos regaló el Creador y nos concentraremos en desplegar nuestro propio vuelo con las más brillantes y coloridas alas que puedan contribuir al gozo de los otros seres humanos.

18. Las piedras de la playa

Las piedras que el mar lanzó a la orilla de la playa, nos enseñan que pueden estar todas redondeadas por tanto golpe recibido, sin contornos discordantes ni aristas puntiagudas porque las molió el agua y el tiempo, y sin embargo, continúan resistiendo el embate del sol y la sal. Muestra este puñado de piedras su gran habilidad para dejarse moldear por el destino: se transforman, son dóciles ante los vendavales y esperan en silencio que venga una gaviota a posarse sobre ellas. Son estoicas, valientes y tal vez sueñan que un niño las tire de regreso al mar. Las piedras de la playa nos enseñan que aún en la tragedia, en la soledad y la ignominia, es necesario mantener la dignidad. Que debemos esperar con paciencia porque mientras quede un hálito de vida, y cuando ésta se torne tan dura y árida como un puño de piedras, con valor y agradecimiento debemos posarnos en silencio sobre la arena. Tal vez llegue una hermosa ola llena de espuma para despedirnos y entonces habremos comprobado cuán valiosa es la existencia.

19. Las lágrimas de la hija

Cuando llora una hija las entrañas de la madre tiemblan porque siente todo el universo llorar sus lágrimas. La madre desea evitar sufrimiento a sus hijos pero no puede vivir la angustia de ellos y esta comprensión es quizá la enseñanza más cruel de la vida: saber que cada hija ha de seguir su sendero y luchar sus batallas. La madre educa y prepara, pero luego tendrá que confiar, que orar y esperar. Hay llantos que son de desahogo, de pena, de asombro, y otros de felicidad, mas todos los llantos enseñan que también las madres somos tan importantes como impotentes y pequeñas pues a menudo nos resulta imposible evitar el dolor aún con tanto amor. Por eso enseñamos el poder de la familia como centro

aglutinador de ese sentimiento noble y poderoso. Sin embargo, de la familia no nos podemos apropiar. Tal deseo provocará sufrimiento y más bien debemos aprender a desasirnos, que es el sentimiento de amor liberador, pues nuestra confianza en el aporte que dimos como madres para enseñar a amar a nuestros familiares, para entrenarlos a ser libres y serenos. Por supuesto que en nuestras familias los pequeños maestros alcanzan estaturas poderosas de modelos y guías eternos de afecto y ternura, aún de odio. De ahí la necesidad de enseñar a amar en la familia. Pero por más amor aprendido y enseñado cada hija debe seguir su camino, vivir su experiencia, llorar su dolor, y las madres debemos soñar, bendecir y esperar que las lágrimas de nuestras hijas sean siempre de gozo y satisfacción.

20. Del nido de colibrí

Mientras correteaba tras carracos y patos en la campiña una tarde de mi niñez, descubrí un minúsculo nido sobre la rama de un naranjo, apuntalado a una de las espinas del árbol, cubierto por musgos del mismo color del naranjo, por lo que permanecía oculto a los ojos extraños. De tan iluminante señal supe que existe un poder cómplice en la creación. Fascinada por tal evidencia observé la pajarita revolotear sobre el nido y cuando se acomodó sobre él ya yo no era capaz de razonar ni desear otra cosa que obedecer aquel impulso atávico por acariciar esa otra vida palpitante. Temblando, como hipnotizada, puse mi dedo índice sobre la cabeza suave de color tornasol del colibrí. Sus ojos negros y redondos parecían querer salirse de sus órbitas pero a la vez, me miraban con cierta complicidad universal que me permitió conocer el don misterioso de vibrar con la pureza misma. La vi calmarse y cambiar su fugaz expresión de temor por una de serenidad que me contagió de profundo amor por toda la Creación. Ese instante me enseñó a ser

fuerte, completa, colmados mis sueños de fe y dispuesta a entregar lo mejor de mí. Muchas tardes volví a acariciar al pajarillo y a bendecir el milagro de la vida: crecieron los polluelos, su mirada se volvió tolerante de mi presencia y viví el privilegio de un adiós íntimo cuando finalmente se dirigió a la inmensidad porque desapareció. Desde esa tarde ya nunca más regresó. Aprendí entonces que las fuerzas de la naturaleza me dejaron plena, capaz de llegar a cualquier cumbre, de permanecer en nuevas luchas y también de poder partir cuando es el momento.

21. El árbol de mi ventana

Casi todas las ventanas tienen su árbol y la mía no es una excepción. Pero mi árbol sí lo es, por ser el más completo universo de vida y amor que en tan pequeño espacio pueda existir. Ahí abundan las abejitas de miel, las mariposas de colores, pajarillos cantores, zancudos, arañas y otras formas extrañas y hasta sutiles de vida. Largas horas de mi existencia enferma y de mujer abandonada las pasé mirando el árbol verde, florecido, plétórico de frutas y aún deshojado. Aprendí a ser paciente mientras se transformaban sus pimpollos tiernos en frutas verdes, para luego verlos descolgarse jugosos y amarillos. Miré el sol brillante tornarse crepuscular entre sus hojas cuando esperaba el amor regresar. Aprecié los arrebatos de la noche desvanecerse en auroras mientras lloraba mi soledad. Conforme mi árbol creció en la ventana de mi cuarto, yo aprendí a amar y a olvidar para volver a conocer el verdadero amor de la renuncia, del perdón, el profundo amor por los hijos, los padres y por Dios.

22. La silla de ruedas

La vida es un viaje en el que debemos aprender varias lecciones, tal vez la principal sea encontrarnos con nosotras mismas. Necesitamos para ello caminar

ligeras, ágiles, como flotamos sobre el destino. De ese modo no nos aferramos a nada y podemos tener una conciencia de simplicidad e ingenuidad como cuando despertamos en las mañanas y no sentimos ningún pensamiento: estamos calladas, como existiendo fuera del tiempo. En esos momentos somos más alertas que nunca porque realmente estamos silenciosamente vivas igual que una silla de ruedas. Ellas nos enseñan el impacto de la tragedia, sin decir palabra, la fugacidad de la vida, lo caprichoso de sus actuaciones, lo intenso que puede ser el cambio de un estado a otro, pero, sobre todo, lo transitorio que son los estados de plenitud y regocijo. La silla de ruedas es impedimento y a la vez posibilidad, es restricción pero también la única oportunidad. Todo pequeño maestro enseña humildad, paciencia, tolerancia. Y eso nos transmite cualquier silla de ruedas con solo estar ahí, inerte, gris, tal vez silenciosa para siempre, o fría e indiferente como si no conociese historias conmovedoras de grandes aprendizajes y de externo dolor.

23. La risa del hijo

Los hijos son el premio más extraordinario que puede recibir una mujer: haber sido elegida por Dios entre todas las mujeres de la tierra para ser la madre de sus hijos! Por eso la sonrisa de un hijo transmite la gratitud y la alegría de toda la Creación por cumplir bien la hermosa tarea de la maternidad. La risa de un hijo ilumina la vida, aleja el dolor, devuelve la fe y enseña que cada misión recibe su premio. Ciertamente que cumplir con amor como madre exige constante cuidado, cariño, desprendimiento y responsabilidad. Pero una sola sonrisa del hijo enseña qué es el amor, la alegría, el valor. Enseña a luchar y también perdonar. Las risas de un hijo enseñan a vivir en paz y armonía porque son el más dulce reconocimiento que cualquier madre pueda desear.

24. La espuma del mar

La espuma del mar viaja sobre las olas como una flor peregrina que se desvanece al tocar la arena. A veces puede confundirse con un sueño porque desaparece ante nuestros propios ojos, pero otras veces la sostenemos en las manos para verla convertirse en agua que se desliza de regreso al mar. De ella podemos aprender que la vida es fugaz pero también hermosa. Que podemos cabalgar sobre las cumbres haciendo lo mejor, pero que tarde o temprano la realidad nos volverá a la tierra, que nos acogerá en sus brazos para volvernos una con el mar, el sol, el cielo y las estrellas. La espuma es buena maestra, es bella, osada, muy frágil y casi podremos decir que es eterna pues día y noche veremos su brillo salpicar las olas y enseñar, entonces, lo importante de la tenacidad.

25. Una buena vecina

Ser un buen vecino es una cualidad que no toda persona puede ejercer. Primero que nada se requiere cercanía, es decir, habitar en el mismo pueblo o vecindad. También se debe contribuir con las tareas y responsabilidades que en esa comunidad se acuerden para cada uno de sus habitantes, así como vivir en proximidad, que es lo opuesto a ser extraño. Pero el buen vecino es más que eso porque ofrece apoyo y cariño, alegría y disposición para ayudar en cualquier momento.

Mi buena vecina se interesa por mí, me acompaña, hasta me ofrece regalitos y comparte conmigo ricos dulces que ella misma elabora. Yo he aprendido a quererla porque logré desplegar para con ella actitudes de respeto, placer y apertura que nos hacen la convivencia más agradable y juntas hemos desarrollado una buena amistad, basada a menudo en simple contemplación pero también en reflexión e intuición. Todos los pequeños detalles que observo y aprendo de ella, la develan como

un ser humano extraordinario, cálido, sencillo y servicial. Para aprender las cosas valiosas y esenciales que otros poseen, a veces solo es preciso observarlos con detenimiento y amistosa disposición.

26. El niño harapiento

Los niños conmueven con sus caritas redondas, sus risas abiertas, sus ojos que miran directo. Ellos son el futuro, la vida y todos queremos que triunfen un día y que sean felices. Por eso es que un niño harapiento nos golpea hasta el alma, porque no es posible que la misma esperanza se vista de harapos y no tenga ni para comer.

Los buscadores del bien y del equilibrio universal enseñan que nada hay superior al poder del amor y que éste vive y crece por tradición en la familia. Ahí quisiéramos guardar todos los amores compasivos y desinteresados, la caridad pura, la aceptación de las diferencias, la potencia de la oración para que nuestros niños crezcan protegidos por el amor. Cuando crecen olvidados de sus familias, tirados por la vida, estos pequeños maestros andrajosos enseñan cuán dura es la vida y lo injustos que los humanos podemos ser. Enseñan que es urgente que luchemos todos por un mundo mejor donde no haya hambre, tristeza, donde no existan niñitos solos, con frío y sin amor.

27. La gata enferma

Llegó a casa de mi hija una noche fría, sin que nadie supiese cómo lo hizo, pero lloró tan persistentemente toda esa noche que a la siguiente mañana ya tomó leche caliente en plato nuevo porque la familia la adoptó. Desde esa noche lluviosa, la pequeña gata negra tiene su nombre y un hogar ganado con esfuerzo y habilidades de sobreviviente. Porque hay lecciones que se puede aprender de un gato herido, y es su lucha poderosa e insistente, casi más allá de sus propias

fuerzas, para sobrevivir. Esta apareció enferma, con una pata quebrada y muy hinchada, tal vez mordida por un perro; sufría ataques de pánico, estaba flaca, con parásitos intestinales y otra cantidad de pequeñas dolencias que la hacían verse débil y nerviosa. No se supo si tenía 15 o 30 días de nacida, ni cuánto tiempo llevaba sin ser alimentada. El veterinario explicó que era tan joven que posiblemente ya había perdido cualquier implante de domesticación que le hubieran aportado, pues dos o cuatro días parecen ser suficientes para que los gatos vuelvan a su estado salvaje nuevamente. Sin embargo, pronto se hizo evidente la primitiva sabiduría de este animal, ya que durante los siguientes tres días solo cuidó de su cuerpo: se arrolló como un puño y se metió en un hueco oscuro que encontró detrás de la pared. De ahí salió pocas veces: cuando hizo sol y se tendió sigilosamente a recibir un rayo tibio; cuando tuvo que salir del escondite a tomar agua y después de lamerse largos ratos la pata golpeada para luego dejarla sin ningún movimiento, quieta y expuesta al sol. Ese conocimiento somático de sus propias necesidades fue un aprendizaje que también impresionó a la familia, pues durante esos días nunca gastó energía en otra cosa que no fuese lo estrictamente indispensable. Siempre dejó a la naturaleza hacer su trabajo y esperó con absoluta fe en el poder sanador de su propio organismo, pero sin distraerlo, aportándole la ayuda indispensable del descanso, alimento, sol, higiene y protección necesarias. Un gato enfermo es también un maestro, pequeño por su tamaño, pero tal vez inspirador de los grandes aprendizajes que, como humanos sobrevivientes, a menudo realizamos todos en el camino de la vida.

28. El regalo de Teresa

Las flores son en sí un regalo: un haz de violetas, un puñado de magnolias, un ramillete de petunias o guarías moradas!

Solo imaginarlas nos alivian el alma y ese es un propósito fundamental de los obsequios. Por eso no regalamos todos los días ni a todas las personas pues las ofrendas son dones que salen de nuestro ser interior para ingresar al mundo exterior, llevando nuestro propio aroma de amor, de gustos, intereses y verdad. En general, toda ofrenda es simbólica, tiende a ser pequeña, cortada de nuestro jardín secreto.

De maestra disfruté mucho los obsequios que me traían mis niños, no tanto por su belleza sin por el significado que revelaban clavos herrumbrados, semillas diferentes, plumas viejas de un zopilote, trozos de piel abandonada de culebra, grillos semidisecados, cáscaras de naranja con gelatina a las que ya les había sido chupeada la gelatina, en fin, tesoros significativos y valiosos personalmente para cada uno de los niños.

Con la sofisticación que supuestamente impone la buena educación, idea tan cuestionada en los últimos años gracias al postmodernismo, uno se vuelve más selectivo. Así apareció Teresa en casa con un regalo para mí por ser día de la Madre. Ella viaja desde lejos en autobús todos los días para venir a limpiar mi casa. Cuando vi el enorme cajón cubierto de rosas rojas y rosadas y pájaros colocados en las esquinas del adorno, con sus grandes plumas pintadas de verde, azul y amarillo casi me desmayo. Teresa ya había cambiado el florero de rosas blancas que estaba en el centro de la mesa y colocado sus pájaros. Con su voz más fuerte y alegre que nunca, se me acercó, me dio un fuerte abrazo y un beso, deseándome un hermoso día, mientras sus ojos brillaban de orgullo: "Sé que le gustan las flores porque sus amigas le traen. Sé que le gustan los olorritos porque usa inciensos. Así que hice el adorno de madera, semillas y ramas de ciprés para que le huela bonito. Le pinté los pajarillos con aceite para que se vean bien brillantes porque sus dibujos con acuarelas no le quedan de tan buen color!" La abrasé con

cariño y en mi mesa hoy luce el adorno que me regaló Teresa. Tal vez éste sea el aprendizaje superior que el camino me pueda enseñar en mis últimos días: los jardines interiores entregan en sus regalos el mejor perfume de amor que las almas buenas suelen cultivar.

29. El maestro rural

La naturaleza siempre aporta frescura y bienestar al alma. No en vano la nueva industria turística lleva un enfoque ecológico que pretende enriquecer el interés por conocer nuevos parajes tanto como por recuperar mensajes primigenios saludables que pudiesen haber impactado nuestros sentidos infantiles. En esos recuerdos de la infancia, se cree que guardan fuertemente impregnados los colores, olores, valores y formas que alegraron nuestra niñez y que perviven potenciando el resultado de todas las interacciones holísticas que realiza nuestro organismo en su actividad vital. Pienso que ahí descansa uno de los poderes que tiene la escuela y en este caso, específicamente la escuela rural, pues se asocia no solo a la época del mayor desarrollo intelectual del humano, sino que se puede mimetizar con el efecto portentoso de lo bello y novedoso del campo, de lo prístino y candoroso para el alma del niño que empieza a mirar con sus ojos asombrados un mundo desconocido, al que tendrá que darle forma, nombre, y estructura por sí mismo. Ese maestro rural, entonces, podría convertirse en el prototipo del maestro verdadero, que ilumina, que planta y transplanta, que da forma y que guía, que enseña, que poda e injerta, que abona y que ama profundamente porque ese producto que él cultiva, es el resultado de un quehacer y esfuerzo y refleja su creatividad y empeño.

El maestro rural, entonces, se convierte en un símbolo de verdad y honestidad, de lucha y esperanza, de amor y de

esfuerzo por encontrar aquello profundamente personal, intrínseco de cada uno, que a veces yace oculto o transitoriamente, está cubierto por otro cuerpo que lo oscurece, lo deslucen o lo hace desaparecer. Este maestro sueña sin dobleces porque pertenece a un mundo ingenuo y transparente como las mañanas mismas. Anhela que su alumno desarrolle lo mejor de sí mismo para bien propio y de la sociedad en que crece. Lo imagina libre, exento de imperfecciones, correcto con fe en su destino para asumir con responsabilidad los problemas y cumplir las tareas que la vida asigna a cada uno, aunque ellas solo sean de soportar sufrimiento. Este aparente fracaso, si lo vemos como un desafío personal, puede transformar cualquier destino vacío de triunfo en una experiencia de victoria interna. Y esa es la titánica tarea que todo maestro sueña cada día para sus niños. Especialmente el maestro rural.

30. La cercanía de la muerte

Vivir con responsabilidad y esperanza es siempre la mejor enseñanza para poder después morir en paz. Pero saber que realmente el final es inminente, ayuda a entender que las cosas importantes en la vida son muy pocas: la familia, el amor, la paz, la amistad, y sobre todo Dios. Si tenemos todo esto, podremos hacerle frente al dolor, al sacrificio, al abandono, a la pobreza y hasta a la enfermedad.

Cuando tenemos fe en nuestro Salvador, habrá esperanzas para luchar y para lidiar con los sufrimientos que la vida imponga. Si hay paz aceptaremos que el mundo deberá seguir mientras nosotros seremos solo un recuerdo, un eslabón más en la cadena de la vida; y cuando hay amor, también sabremos que seremos una fuerza protectora y bienhechora para los que amamos aunque nos separemos de ellos. Por eso, ante la gran puerta de la muerte se comprueba lo importante que es la familia como nido, refugio y sostén,

como puerto de paz y como protección. Resulta interesante que a veces sea poca la diferencia entre una buena amistad y un buen familiar. Tal vez no importa cómo lo llamemos, lo que vale aquí es si hay amor. Asimismo se aprende que hay que vivir con reverencia por todo lo creado, y con gozo por participar de ello; sufrir con estoicismo y, cuando llegue el momento de partir, emprender el viaje con valor para que la vida continúe en paz.

III. Epílogo

Ningún libro puede darnos la sensibilidad que no tenemos para comprender lo que nos resulta extraño, ni es capaz de incitar nuestros sentimientos por temas que no nos conmuevan. Pero un libro sí puede ayudarnos a poner atención para buscar aquello que parece agradar a nuestro corazón.

Ninguna obra puede dotarnos de las cualidades de entusiasmo, sinceridad y expresividad de las que carecemos, pero sí puede estimularnos y ayudarnos a expresar y manifestar esas cualidades. Por eso escribí este libro, pensando en que hay pequeños instantes que en el camino de la vida nos ofrecen hermosas oportunidades de aprender.

Cada aprendizaje es una experiencia única y nunca deberíamos estandarizar métodos de enseñanza porque cada maestro es diferente: Motivará distinto, aplicará técnicas nuevas y adaptará formas y modelos para sus casos, y sus adaptaciones serán libres. Lo que sí sabemos es que el maestro suele aparecer cuando el alumno está listo, cuando el que busca sabe su objetivo, pues maestro es aquel que nos ayuda a convertirnos en los seres libres que queremos ser, como alumnos llenos de amor para nosotros mismos y para los que nos rodean. Por eso son necesarios maestros y guías conocedores, sensibles, que motiven, pero también estudiantes y

buscadores que sepan qué quieren, hacia dónde van, qué necesitan. Esto ayudará a transformar a cada alumno en dador, que es un ser humano mejor porque sabe amar, entregarse y perdonar. Este alumno listo para aprender se volverá pronto una persona que a su vez podrá enseñar, que será capaz de dar sin exigir recompensa, es decir capaz de crear felicidad. No es que desvalorice su trabajo, creyendo que no merece pago, sino que lo enaltece a tal grado que es feliz en él, reciba o no recompensa visible por lo que hace. Cuando se logra desarrollar este tipo de amor laboral, ni siquiera se espera gratitud porque la persona se vuelve espontánea, parece atraer flechas de luz que encienden su alma y sus deseos.

Al aparecer esos pequeños maestros, el universo se torna milagroso y los seres que lo poblamos también, pues crecemos todos los días: aprendemos de todo y de todos para vivir mejor! Y aprender así es un privilegio!

Es necesario también aprender hasta el último momento de nuestra vida pues cuando vamos a morir no sabemos cómo hacerlo y esa experiencia se vuelve nuestro último y valiosísimo aprendizaje aquí en la tierra. Será otra vivencia nueva para cada quien!

Por supuesto que necesitamos una actitud abierta siempre para estar dispuestos a aprender de esta manera: a descubrir, a escuchar, a mirar, a observar, para poder compartir el eterno acto divino de crear y recrear y así volver a empezar, tratando de hacerlo siempre mejor. Ese es el fin que perseguimos! Poner nuestra pequeña parte, como humanos, para que el milagro se realice y continúe reproduciéndose, pues ciertamente nuestro aporte puede parecer pequeño, pero lo que busca la bondad del universo es que agreguemos con nuestro libre albedrío nuestro diminuto pan y será la bondad divina la que multiplique.

Nuestras omisiones no darán fruto, nuestra duda para decidir tampoco. Es

nuestra auto confianza y la fe en el poder de la ciencia divina lo que contribuye a la multiplicación. La objetividad humana por el contrario, puede llevarnos al pesimismo y a la desesperanza impidiéndonos disfrutar de los pequeños misterios y de las euforias naturales que nos brinda a manos llenas la Creación. Y es que cómo creer, con nuestra realidad científica, en la imponente y maravillosa figura de Jesús caminando sobre las aguas? Pero,

¿cómo no creer conociendo su amor y su poder? Y cómo permanecer inmovible, por la duda científica, ante el amor del hijo que transforma en buen vino el agua, solo para complacer el amor de su madre? Por eso nuestros mejores maestros son los que nos permiten ver más allá de la distancia, para aprender lo sublime de la vida, sin necesidad de ignorar que hay inmensos y pequeños detalles entre lo milagroso y lo racional.